

desviado de su lecho, á partir del puente Milvio, para correr al Oeste del Janículo. En la llanura vaticana, un templo colosal de Marte; al pie de la roca Tarpeya, un inmenso anfiteatro; en Ostia un puerto tan amplio como seguro.

Pero estos serán sus menores trabajos. Preocupado de la necesidad de organizar aquel conjunto de naciones que la espada reunió y la ley separa, quiere recoger y coordinar en un solo código las leyes romanas, á fin de facilitar y extender su conocimiento. Ya uno de sus familiares, el sabio jurista Aulo Ofilio, ha emprendido la obra de una codificación de los edictos pretorianos (1), y el mismo César ha hecho redactar, para toda la Italia, la ley municipal, de que las ciudades provinciales van á sacar copia. Para garantizar á las provincias contra las exacciones senatoriales, prohibió á los senadores ir á ellas sin comisión oficial y sujetó á sueldo á los gobernadores, para que no se pagaran ellos mismos cometiendo las exacciones de antes. Recordó que un cónsul de su nombre y de su raza dió la ciudadanía romana á los italianos; y si no han llegado los tiempos de llamar al mismo derecho á todos los súbditos, multiplica á lo menos en medio de ellos al elemento romano. Ochenta mil colonos han llevado más allá de los mares las costumbres y la lengua de Roma; toda la Sicilia va á obtener el *jus Latii*; el *jus civitatis* se ha conferido á los transpadanos (2), á la *Alauda* ó legión de la alondra (3) y á todos los que lo habían servido lealmente, hasta á los judíos. A orillas del Loira, del Sena y del Ródano, multitud de galos llevan su nombre, y una de estas familias construye acaso ya en su honor un precioso edificio, el mausoleo de Julio, que recuerda su gratitud y sus combates.

Tiene recompensas para todos aquellos que le han sido útiles en la guerra: muchos provinciales han entrado en su senado; y las tiene también para aquellos que son útiles en la paz: da la ciudadanía á los médicos extranjeros y á los profesores de las artes liberales establecidos en Roma, es decir á la nobleza de la inteligencia, como el senado la concedió en otro tiempo á la nobleza de los municipios del Lacio. Se ve en un fragmento de Gayo (1, 33) que el *jus quirritium* estaba asegurado al provincial que consagraba parte de su patrimonio á construir un edificio público. Esta ley, que cubrió el mundo romano de monumentos, parece tomada de la *lex Julia* de César; á lo menos era digna de él.

Durante la guerra de Africa, hubo de ver en sueños un grande ejército lloroso que parecía pedirle una patria; y al despertarse escribió en sus tablillas los nombres de Corinto y de Cartago. Estas dos ciudades en ruinas atestiguaban las venganzas del senado, y él las levantó. Así se reparan las grandes injusticias, se multiplican los lazos y se opera la unión. Desde larga fecha las divinidades de los pueblos de civilización helénica tienen el derecho de ciudadanía romana; los escritores que han glorificado á las naciones extranjeras van á obtenerlo á su vez. Varrón tiene la misión

(1) *Is fuit Casari familiarissimus, libros de jure civili plurimos reliquit... Edictum praetoris primum diligenter composuit* (Dig. I, 2, 44). Salvio Juliano continuó esta obra bajo el imperio de Adriano.

(2) Les dió el derecho de ciudadanía y una constitución municipal, *ἀρχαί* (Dion, XLI, 36). El 42 obtuvo la Transpadana el *jus italicum*, es decir la exención del impuesto territorial y del servicio militar. Sin embargo, conservó por algún tiempo aun el carácter de provincia, porque Manio reprocha á Octavio habérsela quitado á Antonio, declarándola libre (Ap. *Bell. civ.* V, 3; Dion, XLVIII, 12). El número de ciudadanos, que según Tito Livio sólo era de 450,000 el año 70, se duplicó el 28. Algunos escritores doblan el número del año 70: el aumento sería aun enorme.

(3) Los soldados de esta legión se llamaban *Alaudae*, los alondras ó calandrias, *ex legione Alaudarum*, dice Cicerón.

de reunir en una biblioteca pública todos los productos del pensamiento humano para que Roma sea también la metrópoli de la inteligencia. El turno de los pueblos vendrá, después del de los dioses y de los grandes hombres.

A este alto pensamiento de reparación y de unidad se refieren: la reforma monetaria, que hizo del áureo de César la moneda más cómoda para las transacciones comerciales y el marco ó patrón del valor bajo el imperio; la reforma del calendario tan hábilmente hecha, que, salvo una ligera modificación, el calendario juliano nos sirve todavía; en fin la orden dada á tres geómetras griegos de recorrer el imperio para medir sus distancias y establecer el catastro; trabajo preliminar de una reorganización de la administración provincial y rentística (4).

Para consumar tales cosas se necesitaba tiempo y César había perdido más de un cuarto de siglo en subir al primer puesto. Pero no tenía aún más de cincuenta y cinco años y le quedaban muchos aún, al parecer, para conducir á feliz término sus grandes designios.

Los preparativos de la guerra contra los partos estaban terminados: había distribuido para tres años (44-42) los cargos y las provincias. Antonio era su colega en el consulado, y había prometido á Dolabela dimitir en su favor, cuando partiera para Africa. Hircio y Pansa debían obtener las fasces consulares el año 43, y Décimo Bruto y Numacio Planco el 42. Bruto y Casio eran pretores. Lépidio iba á ceder á Domicio Calvino el cargo de maestro de la caballería para tomar el gobierno de la Narbonense y de la España Citerior. Diez y seis legiones habían pasado el Adriático y el joven Octavio, su hijo adoptivo, lo esperaba en Apolonia: algunos días más y César se encontrará en medio de sus fieles veteranos. Hacíase correr el rumor de que antes de salir de Roma quería intentar el último esfuerzo sobre el senado, y que en la sesión indicada para los idus de marzo, se discutiría, si permaneciendo César dictador en Italia, no podría ceñir la corona en las provincias, como rey de las naciones sometidas. Este día de los idus que, en sentir de los últimos republicanos, debía fundar la tiranía, fué el elegido para la expiación.

IV. — LA CONJURACIÓN. — ASESINATO DE CÉSAR.

Las espadas rotas en Farsalia, en Tapso y en Munda iban á transformarse en puñales. Desde muchos meses antes, se había formado una conjuración, porque no todos los republicanos habían caído en las batallas de la guerra civil; los había hasta en el cortejo y entre los amigos de César.

Este partido se componía de descontentos, cuyos servicios no se habían recompensado según sus deseos, y de hombres cargados de bienes y de honores que, no teniendo ya que esperar nada de César, estimaban útil que se les desembarazara de un jefe, que por sí solo ocupaba tanto sitio. Al rededor de ellos había creyentes para quienes la república era una religión y especulativos que racionaban en el vacío en vez de mirar á los acontecimientos. Venían luego los agitadores del Foro, que no podían ya llegar al poder con sediciosas arengas, y los conservadores, cuyos intereses ó hábitos contrariaba toda innovación, hasta la más necesaria. Resignados de antemano á ser el botín del vencedor, no dejaban por eso de hacer votos republicanos, como aquel Atico, tipo acabado de los egoístas, que desde

(4) Este trabajo, continuado después de César, sirvió para trazar el famoso mapa de Agripa y repartir los impuestos de una manera mucho más justa, según la calidad de las tierras, es decir proporcionalmente al valor de la finca y de la renta.

Sila hasta Augusto, supo atravesar tantas guerras civiles y sangrientas proscripciones, sin dejar en ellas la vida ni siquiera la hacienda.

Otros, antiguos cónsules, pretores, gobernadores de provincia, que habían tenido cada uno dos ó tres años de reinado, no podían hacerse á la idea de caer en la condición de esas poblaciones serviles del Oriente, prosternadas siempre á los pies de un hombre. Contábanse entre estos muy honorables sujetos, como por ejemplo, Marco Tulio Cicerón, que había hecho su fortuna con discursos y se exasperaba en el silencio. No teniendo ya qué hablar, escribía libros sombríos, como la primera Tusculana sobre el des-

cosa lo estaba, y ellos mismos lo decían: sus dignidades y honores. Tenían razón en sentir y deplorar aquella grande existencia y aquellos buenos discursos que no se pronunciaban ya en el Foro, adonde habían cesado de bramar las tempestades; menos elocuencia y más seguridad era un cambio que convenía entonces al mundo; pero no tendríamos razón nosotros, si estuviéramos por aquel antiguo régimen que habiendo dado todos sus efectos útiles y no produciendo ya más que males, semejábese á esos instrumentos gastados, que es preciso reemplazar con otras máquinas nuevas. En historia hacen las máquinas nuevas las reformas ó las revoluciones.

En Farsalia se pudo haber creído, poniendo en ello un tanto de buena voluntad, que la lucha era el conflicto de dos ambiciones que, como la de Sila, se extinguirían en el goce de los poderes constitucionales; pero después de Tapso y Munda no cabía ya dudar que se estableciera la monarquía. Desde la fundación de la república, la aristocracia romana había alimentado hábilmente en el ánimo del pueblo el horror al nombre de rey. Con esta palabra se desembarazó de E. Casio, de Manlio, de Melio y del primero de los Gracos; con él también consiguió librarse de César. «Tú, exclamaba más tarde Cicerón en una de sus *Filípicas* contra Antonio, tú mataste á César, cuando en las Lupercales le ofreciste la diadema real.»

Y decía bien Cicerón. Si la solución monárquica respondía á las necesidades del tiempo, era casi inevitable que el primer monarca pagara con la vida su reinado, como nuestro Enrique IV pagó con la suya su corona.

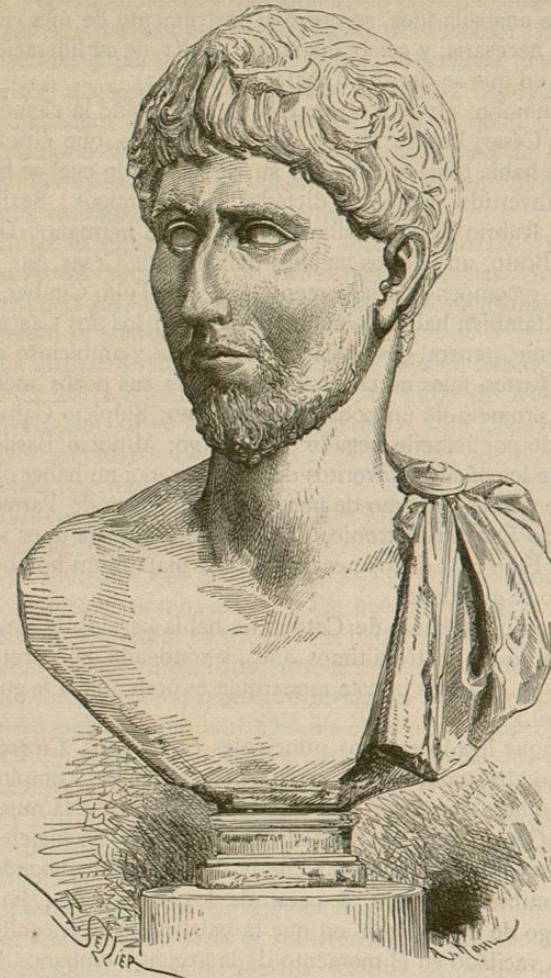
El jefe de la conjuración era C. Casio Longino (2), aquel general que salvó el ejército de Craso y casi sin tropas defendió la Siria contra los partos. Después de la derrota de Farsalia, hubo de admitirle César en su gracia y acababa de darle la pretura y el gobierno de Siria; pero aquella alma ávida y rencorosa no perdonó al dictador que hubiera nombrado antes que á él para la pretura urbana á M. Junio Bruto. Tenía también rencores más antiguos. Antes de su edilidad, tenía unos leones en Megara y César dispuso de ellos. Por otra parte, creíase él nacido para muy altos destinos; pero ahora dependía todo de César, y en el favor de éste se sentía en un lugar secundario. Con esto resolvió derribarlo por medio del asesinato, ya que en guerra abierta no había podido lograrlo. Para esto necesitaba cómplices y naturalmente los buscó en el partido pompeyano, en el cual, gracias á tantas batallas, no veía á nadie que un día pudiera hacerle obstáculo. Y sondeó á Bruto.

Sobrino y yerno de Catón (3), era Bruto como el heredero de sus virtudes y acabó por serlo también de su pasión por aquel gobierno oligárquico, que reservaba la igualdad para un pequeño número, pero daba á estos pocos hombres singular grandeza. Permaneció mucho tiempo sin tomar color. Si durante la primera guerra civil, se decidió por Pompeyo, el asesino de su padre, fué con muy poco entusiasmo, pues la víspera de Farsalia, cuando todo el campamento estaba en tumulto, leía él con mucho sosiego á Polibio y lo anotaba.

Servilia, su madre, había sido la más viva y la más perseverante afición de César, el cual, antes de la acción recomendó que se tuviera cuidado de respetar la vida de Bruto. Desde Larisa envió su sumisión al vencedor, el cual lo recibió con la mayor benevolencia y aun le dió el gobier-

(2) No hay que confundirlo con Q. Casio Longino, teniente de César.

(3) Catón tuvo dos hijas con el mismo nombre de Porcia. Mommsen no cree que la mujer de Bruto fuera ninguna de las dos.



Lépidio (1)

precio de la muerte, lo que quería dar á entender que no se podía vivir bajo el gobierno de César.

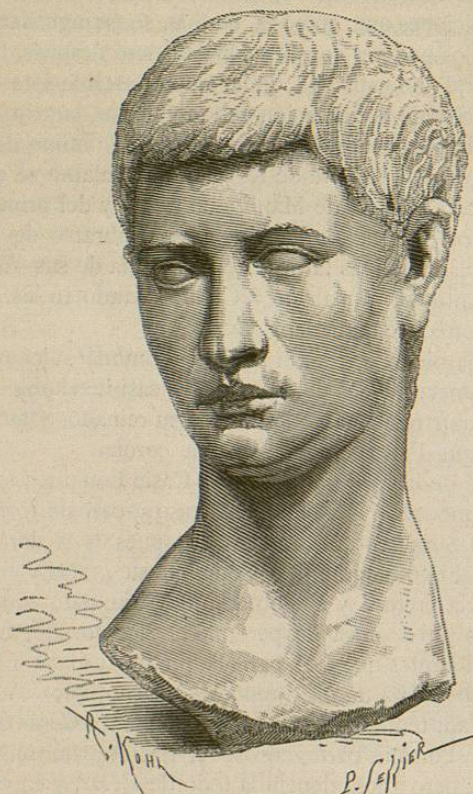
Otros personajes, nombrados para altas funciones, mostraban en la intimidad los mismos enojos, á la vez que disfrutaban los favores de César: de estos eran Turfano, que mandaba en Sicilia, Cornificio en Africa, Servilio Isáurico en Asia y Sulpicio en Grecia. Hablaban confidencialmente de los daños de la república; y uno de ellos, para consolar á Cicerón de la muerte de su hija, le escribía: «La Fortuna nos ha arrebatado bienes que debemos amar tanto como á nuestros hijos, la patria, la dignidad, todos nuestros honores. ¿Qué es una nueva desgracia añadida á todos nuestros males? En los tristes tiempos en que vivimos, aquellos son más dichosos que, sin dolor, truecan la vida por la muerte.»

La patria amada al igual de los hijos está bien; pero en manos de César no estaba en peligro la patria. Una sola

(1) Busto del triunviro Lépidio, encontrado en Tor Sapienza. (Vaticano, *Braccio Nuovo*, n.º 106.)

no de la Cisalpina, bien que no hubiera aun ejercido ninguno de los grandes cargos. Bruto se mostró agradecido, manteniéndose alejado de los pompeyanos de Africa y de España, y cuando el antiguo cónsul Marcelo, destituido por el dictador, murió en Atenas á manos de los asesinos, publicó un escrito defendiendo á César, á quien se acusaba de haber dispuesto este asesinato. Así, se decía: Casio sólo odia al tirano; Bruto lo ama, pero odia la tiranía.

Esto no era absolutamente verdad, porque se le ve solicitar sin escrúpulo el favor de César, que le dió la pretura urbana y el gran gobierno de Macedonia. Pero se tentó y sedujo aquella alma débil con apariencias de rigidez. Casio le repetía que Roma sería muy pronto reemplazada, como



Bruto (1)

capital del imperio, por Ilión ó Alejandría, adonde iría el tirano á establecer su corte real, y Atico le fabricó una genealogía, que á pesar de la famosa historia de la ejecución de los hijos del primer Bruto, le hacía descender del vengador de los privilegios aristocráticos (2).

Para impelerlo y arrastrarlo á la conjuración, se le decía que los grandes, el senado, el pueblo tenían puestas sus esperanzas en él solo, y se le deslumbró y embriagó con la fiera doctrina del tiranicidio. A los pies de la estatua del antiguo Bruto y en el tribunal en que él ejercía como pretor, encontró escrito:

«Oh Bruto! ¡pluguiera á los dioses que vivieras aún! — ¡Ah! ¡si tu alma alentara la de uno de tus descendientes! — ¿Duermes, Bruto? — ¡Ah! tú no eres Bruto.»

No sin larga y tormentosa lucha sucumbió á las tentaciones el amigo de César. En sus noches de insomnio, recordaba lo que había oído cantar en Atenas, en medio de las solemnidades religiosas:

«Bajo la rama de mirto llevaré la espada, como Harmo-

(1) Busto del museo de Nápoles, n.º 876. Se encontró en Pompeya (noviembre de 1869) en la casa de Popidio.

(2) Se ha dicho que César creía que Bruto era hijo suyo: su edad se opone á esto. Sin embargo, César tenía diez y siete años más.

dios y Aristógiton, cuando en las fiestas de Atenea dieron muerte al tirano.»

Y se repetía á sí mismo: «Nuestros mayores no creían tampoco que se pudiera sufrir un tirano.» En una carta muy noble y muy altiva, escrita más tarde, se leen estas duras palabras: «Si mi padre saliera del sepulcro para ejercer una autoridad superior á las leyes y al senado, no lo sufriría yo.»

Bruto sucumbió pues á estos sofismas de escuela en que la política no tenía nada que ver; y para conservar en el senado un poder que él confundía con la libertad, se decidió á cometer el asesinato de un hombre que había hecho con él las veces de padre. Como todos los fanáticos poseídos de una sola idea, se creyó el instrumento de una venganza necesaria, y celebraba como el día de su liberación el día en que se decidió á matar á César (3).

Su nombre atrajo á otros: Ligario que olvidó la clemencia de César; Poncio Aquila, antiguo tribuno, que últimamente había tomado en serio su cargo, con lo cual se habían divertido mucho el dictador y sus amigos; Sextio Naso, Rubrio Ruga, Cecilio Buciliano y su hermano; Décimo Bruto, uno de los mejores tenientes de César, que lo había recompensado largamente (4), y L. Tulio Cimber, á quien también había colmado de favores; los dos Cascas; Trebonio, general desgraciado en España y ambicioso en todas partes, pues no creía suficiente para sus pocos méritos la promesa de un consulado próximo; Sulpicio Galba, enojado por haberle negado este cargo; Minucio Basilo, uno de los oficiales favoritos del dictador, por no haber obtenido aún el gobierno de una provincia; Casio de Parma, Antistio Labeón, Petronio, Turulio, y otros hasta unos sesenta. Eran más de los necesarios para matar á un hombre que no se guardaba.

Favonio, el émulo de Catón, no había perdido la experiencia de los cuatro últimos años, y sondeado por Bruto, contestó: «La más injusta monarquía es preferible á la guerra civil.»

Aunque ligado con los principales conjurados, Cicerón lo ignoraba todo; sin embargo, merecía ser del complot, como quiera que antes de Farsalia creía necesaria la muerte de César. Pero se dudaba de su valor y no hicieron sino muy bien en no contar con él. El elocuente abogado, que continuaba siendo, á pesar de los halagos de César, enemigo de un régimen en que la palabra no lo era todo, habría vacilado en el momento de la acción y embarazado á los hombres cuya ambición ó fanatismo no conocían escrúpulos.

Avisos de lo que se tramaba no le faltaron á César: húbolos del cielo, pues se contaba, después del acontecimiento, que se habían visto fuegos en los aires, y oído ruidos nocturnos; que habían aparecido en el Foro aves fatídicas; que los caballos que soltó al pasar el Rubicón se negaban á

(3) *Neque incolumis Casare vivo fui, nisi postea quam illud concivi facinus* (Cic. ad Brut. 16 y 17). Hemos visto que Bruto trataba sin piedad á los provinciales y que ejercía la usura más escandalosa. Montesquieu dice (*Grand. et décad. des Rom.* cap. XI): «Había cierto derecho de gentes en las repúblicas de Grecia y de Italia que hacía mirar como hombre virtuoso al asesino del que había usurpado el poder supremo... En Roma sobre todo, la ley era precisa.» Yo no veo esta ley en Roma. Tarquino el Soberbio fué expulsado menos como tirano que como dominador extranjero. Casio, Melio, Manlio y los Gracos fueron víctimas de la aristocracia y no usurpadores ú hombres que quisieran serlo. No encuentro entre los antiguos autores más que á Cicerón que haya glorificado sin rebozo el asesinato de César. Suetonio dice sólo (*Jul. Cas. 76*): *Prægravant cetera facta dictaque ejus, ut... jure casus existimetur.*

(4) Poseía más de 12 millones de francos (*ad Fam. XI, 10*).

comer y derramaban lágrimas; que un adivino advirtió al mismo César que se guardara de los idus, etc. etc. Hubo revelaciones más serias: se le habló de una conjuración en que entraba Bruto. «Bruto, contestó conmovido César, esperará sin impaciencia el fin de este cuerpo miserable.» Sin embargo, un día que se dirigían las sospechas sobre Antonio y Dolabela: «No son esos hombres de tan buen humor los que yo temo, sino los de cara enjuta y pálida.» Quería designar á Bruto y á Casio. Antonio era un fiel teniente y César trataba á Dolabela con una distinción que no explicaban su edad ni sus servicios.

Era Dolabela un joven noble de índole inquieta y turbulenta, abrumado de deudas y anhelando proscripciones para pagarlas, y por lo mismo descontento del dictador que no proscibía á nadie. Era justamente sospechoso, pues se le vió el día siguiente de los idus de marzo dar la mano á los asesinos. Sin temerle, César se guardaba de él. Cuando fuera de Roma, pasaba por delante de la casa de Dolabela, los soldados de su cohorte pretoriana, en vez de seguirlo, rodeaban el caballo que montaba.

César se impacientaba de estas sordas amenazas y rehusaba darles crédito ó á lo menos pensar en ellas. «Roma, decía, está más interesada en mi vida que yo mismo.» Y despidió su guardia española (1).

La víspera de los idus, cenando en casa de Lépido con uno de los conjurados, Décimo Bruto, hubo de recaer la conversación sobre la muerte. «La mejor, dijo César, es la menos prevista; más vale morir de una vez que no estar temiendo siempre.»

Los conjurados estaban inquietos y discordes: Casio quería matar á Lépido y Antonio con su jefe; Bruto exigió que no se diera más que un golpe: en su ilusión creía que una vez muerto el tirano, renacería la libertad de suyo, y no quería ensangrentar su triunfo. En público era tranquila su actitud y firme su decisión; pero á solas, de noche sobre todo, su turbación é inquietud revelaban su lucha interior, el fiero combate que aun sostenía su alma enferma contra su falso heroísmo. Porcia su esposa comprendió que meditaba algún extraordinario designio y para probar sus fuerzas y su valor, antes de preguntarle sobre su secreto, hubo de hacerse en el muslo una profunda herida, según dicen.

El día de los idus (15 marzo 44) los conjurados fueron temprano al senado: muchos de ellos, obligados como pretores á administrar justicia, subieron á su tribunal mientras llegaba César. César no llegaba: turbada Calpurnia por un sueño horrible, había querido que consultara las víctimas y los adivinos le habían prohibido salir. César se decidió á aplazar la sesión para otro día; pero en este momento entró Décimo Bruto y pretendió avergonzarlo de su flaqueza, pues cedía á los vagos temores de una mujer, hasta que al fin asiéndolo de la mano lo arrastró consigo.

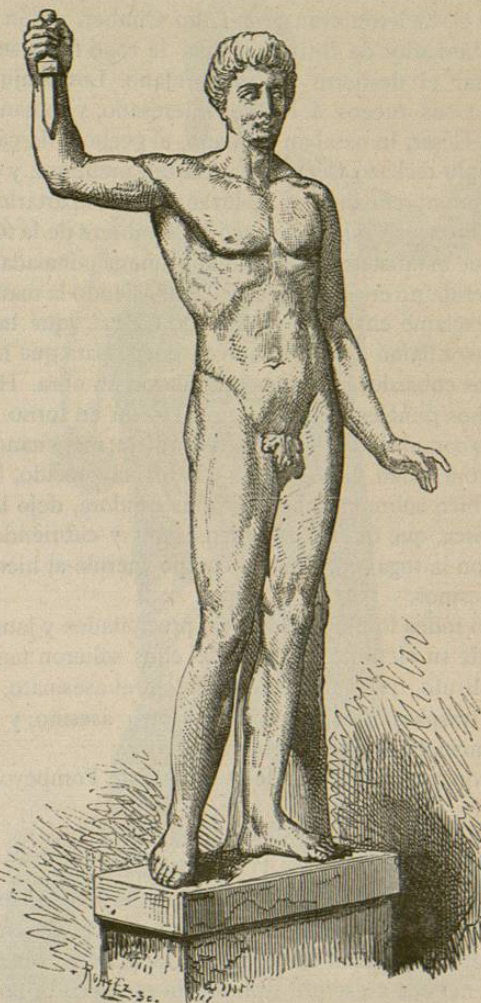
Apenas había pasado César el umbral, cuando un esclavo extranjero que no había podido hablarle á causa de la multitud, fué á ponerle en manos de Calpurnia rogándole que le permitiera esperar allí la vuelta de César. Artemidoro de Cnido, que enseñaba en Roma las letras griegas, le reveló todo el plan de la conjuración. «Lee este escrito, le dijo, pero solo y pronto.» Pero no tuvo tiempo.

Los conjurados tuvieron otros motivos de inquietud. Un hombre dijo á Casca: «Me has hecho un misterio de tu secreto; pero Bruto me lo ha dicho.» Sorprendido y teme-

(1) Sin embargo, parece haber conservado su cohorte pretoriana ó un cuerpo de tropas. Cuando en diciembre del 45 viajaba por la Campania yendo de quinta en quinta, iba acompañado de 2,000 hombres (*ad Att. XIII, 52*).

roso Casca, iba á revelarlo todo, cuando el otro añadió riendo: «¿Y cómo habrías venido á ser en tan poco tiempo bastante rico para pretender la edilidad?» El senador Popilio Lenas hubo de saludar á Bruto y á Casio con cierta precipitación y les dijo al oído: «Ruego á los dioses que concedan un éxito favorable al designio que meditáis; pero os aconsejo que no perdáis momento porque no es ya un secreto.» Y se apartó de ellos dejando en su ánimo grandes sospechas de que se hubiera descubierto la conjuración.

Entre tanto Porcia no había podido soportar la angustia de la espera, y cayó desfallecida. Creyéronla muerta y un



Bruto con el puñal (2)

esclavo de la casa corrió á llevar á Bruto tan triste nueva. Dominando su dolor, Bruto entró en el senado, adonde llegaba, en fin, César. A las puertas de la curia, aquel mismo Popilio Lenas, que lo sabía todo, tuvo con César un prolongado coloquio, al que el dictador parecía prestar mucha atención. No pudiendo oír los conjurados sus palabras temían una delación: mirábase unos á otros y se advertían con la expresión del semblante que no debían esperar á que vinieran á prenderlos, sino anticiparse á los lictores con una muerte voluntaria. Casio y algunos otros se metían ya la mano por debajo de las togas para sacar los puñales, cuando Bruto reconoció en la actitud de Lenas que sólo se trataba entre César y él de una instancia, de un empeño, de un ruego interesado y vivo. Nada dijo á los conjurados, porque había entre ellos muchos senadores; pero con su

(2) Estatua de la villa Albani (Guattani, 1786, y Clarac, p. 911 n.º 2319).

alegría y buen humor tranquilizó a Casio y a los otros, y muy luego, el senador Lenas besó la mano de César y se retiró.

«Cuando los senadores entraron en la sala de sesiones, rodearon los conjurados la silla de César, con pretexto de esperarlo para hablarle de algún asunto, y se dice que Casio, convirtiendo los ojos a la estatua de Pompeyo, lo invocó cual si pudiera oírlo. Trebonio detuvo a Antonio junto a la puerta y trabó con él largo coloquio para entreteñerlo y evitar que entrara en la sala.

»Cuando César entró, todos los senadores se pusieron de pie, y cuando se sentó, agrupándose los conjurados al rededor de él, hicieron avanzar a Tulio Cimber, recién nombrado gobernador de Bitinia, el cual le rogó fuera servido de levantar el destierro de su hermano. Los conjurados añadieron sus ruegos a los del interesado, y tomando la mano de César, le besaban la mano, el pecho y la cabeza. Al principio rechazó César instancia tan premiosa, y como continuaran apremiándolo, se levantó para apartarlos por fuerza. Entonces Tulio le arrancó la hombrera de la toga, y Casca, que estaba detrás, le dio la primera puñalada.

»La herida no era profunda, y César asiendo la mano del traidor, exclamó en latín: «¡Malvado Casca! ¿qué has hecho?» Casca llamó a su hermano en griego para que le ayudara, y los cobardes asesinos continuaron su obra. Herido por muchos puñales a la vez, miró César en torno de sí buscando con ansiedad quién lo defendiera; mas cuando vio que Bruto a quien tanto amaba y había favorecido, levantaba también sobre su cabeza el arma traidora, dejó la mano de Casca, que retenía aún bien asida, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó su cuerpo inerte al hierro de tantos asesinos.

»Como todos lo herían a la vez, precipitados y juntos al rededor de su víctima, muchos de ellos salieron también heridos. Bruto, que quiso tener parte en el asesinato, sacó la mano traspasada por el puñal de otro asesino; y todos salieron manchados de sangre (1).»

El héroe cayó a los pies de la estatua de Pompeyo.

V. - SIGNIFICACIÓN POLÍTICA DE CÉSAR.

César fué el hombre más completo que hubiera producido Roma, el hombre en quien se mostró el desenvolvimiento más armonioso de todas las facultades: orador de palabra enérgica y escritor sobrio sin ese falso brillo ó relumbrón de la elocuencia abogadesca (2); soldado intrépido desde el día en que fué necesario serlo, y general de los más famosos en cuanto apareció en los ejércitos. Su inteligencia, abierta siempre a las lecciones de la vida, no olvidaba ninguno de los consejos que da (3), y su pensamiento, siempre sereno en medio de las agitaciones más vivas, no estaba oscurecido ni por la cólera ni por la pasión (4). Así veía las cosas por su verdadero aspecto é iba derecho a lo posible, sin ir más allá de lo estrictamente necesario para que el resultado posible fuera un resultado cierto y

(1) De las veintitrés puñaladas, una sola era mortal (Suetonio, *Jul. Cesar*, 86). Nicolás de Damasco cuenta treinta y cinco heridas. Dos senadores, entre tantos, dos solamente, mostráronse en actitud de defender a la ilustre víctima, y bien merecen por esto que la historia conserve sus nombres: SABINO CALVISIO y CENSORINO.

(2) Cicerón dice del estilo de César: *Nudi omni ornatu orationis, tanquam veste detracta*; y M. Froude añade: *Like an undraped human figure perfect in all its lines as nature made it* (Cesar, p. 489).

(3) César decía que la experiencia es una gran maestra: *est rerum omnium magister usus* (Bell. civ. II, 8).

(4) *Moderate solebat irasci* (Séneca, de Ira, II, 23). «Jamás cedía a la cólera» (Dion, XXXVIII, 11).

seguro. Sus vicios no turbaban su alta y firme inteligencia, de modo que tuvo siempre imperio sobre sus sentidos y por lo mismo siempre el espíritu libre: jamás perjudicaron sus placeres sus negocios (5); ni sus victorias mismas, con ser tales y tantas, fueron parte a deslumbrar ni desvanecer su ánimo. Fundador de una monarquía militar, no dió el primer lugar al ejército; permaneció dueño de sus soldados, como de sí mismo, y solo, con su genio, dominando desde lo alto de su fortuna el mundo extendido a sus pies, no dejó subir a su cabeza ese humo embriagador de orgullo sobrehumano, que más de una vez ha oscurecido la inteligencia de hombres superiores.

Tuvo también, por otra parte, la mayor de las ventajas, a saber: las circunstancias favorables y la medianía de sus adversarios; pero encontró en sí mismo otra, no menos valiosa, el talento de trasformar en instrumentos útiles a sus proyectos hombres y cosas del momento. Como, en medio de los revoltosos, él solo tenía un designio determinado, su poderosa y tranquila voluntad hacía que todo se dirigiera a un objeto único, y lo conseguía. ¿Qué significa la sorprendente fidelidad de los galos durante la guerra civil, sino esa habilidad en apropiarse las fuerzas vivas, que es el don supremo del mando? Más de una vez hubo de violentar su fortuna: joven, con deudas monstruosas; después con temeridades militares. Pero sus audacias eran cálculo, y prudencia sus mismas temeridades, como quiera que teniendo todas las elegancias, y en su caso las austeridades todas y una energía indomable, ejercía en torno de sí irresistible ascendente, que le permitía exigirle todo de sus amigos, de sus soldados. Su ejército era su familia, y era amado de él hasta la heroica abnegación del sacrificio. Uno de sus centuriones que había caído en poder de los pompeyanos en Africa, se niega, amenazado de muerte, a servir en las filas enemigas. «Dame diez de mis camaradas, decía a Escipión, y envía contra nosotros quinientos de los tuyos y verás lo que hacemos con ellos.» Así, pudo contar César tantas victorias como batallas, y solamente dos reveses muy pronto y gloriosamente reparados.

Sobre sus mismos enemigos obraba también el encanto, porque se sirvió contra ellos de un arma nueva en Roma, de la clemencia, y le era tan natural esta alta virtud que se encuentra en sus escritos, en los cuales no hay una palabra ofensiva para sus adversarios.

La gloria del gran hombre, sacrificado por el puñal de Bruto, no se formó solamente de victorias militares y sabiduría política, sino también de bondad, de benevolencia. Entre dos regímenes de terror, uno que le había precedido y otro que le siguió, repudió las fieras costumbres de los romanos de entonces, guardándose de confiscar ni proscribir. Suetonio, que no tiene a César amor ni odio, termina su retrato con esta palabra: *lenissimus*, muy bondadoso.

Reinó cinco años, durante los cuales, hizo siete campañas y sólo residió en Roma quince meses. Pero entre dos batallas, su pensamiento se ocupaba en las reformas que Roma necesitaba: la simple enumeración de las que emprendió supondrían una larga vida de reposo y meditación.

Consagrado por sus tradiciones de familia a la defensa de los intereses populares, hubo de mirar más alto, a los intereses del Estado, sin odio a la aristocracia, sin bajezas para con el pueblo. La lucha en que lo empeñó la oligarquía ensanchó sus horizontes; vió que la salud de la república exigía algo más que aliviar la miseria de los plebeyos de Roma, como habían querido los Gracos, y que castigar

(5) Véase lo dicho en otro lugar sobre Cleopatra y la permanencia de César en Alejandría.

a los concusionarios de las provincias, como procuró hacerlo Sila; comprendió que de una constitución municipal como era la de Roma, era preciso hacer una constitución de Estado, y para esto, extender ampliamente el derecho de ciudadanía, trasformar el senado en una representación de todo el imperio y poner a los gobernadores bajo la mano de un jefe permanente, interesado en hacer reinar la justicia, para que reinara la paz.

Los romanos tuvieron un admirable consejo de gobierno en el antiguo senado republicano, pero sólo tuvieron dos grandes hombres de Estado: Sila y César, que reconocieron los dos que la asamblea popular era incapaz de regir los intereses de sesenta millones de hombres. El uno, obrero del pasado, constituyó un gobierno aristocrático, que si hubiera durado, habría sido en la antigüedad lo que hubiera venido a ser Venecia en la edad media sin el consejo de los Diez ni los tres inquisidores de Estado, cuya suspicaz vigilancia contuvo a la nobleza del libro de oro; el otro, obrero del porvenir, derribó una oligarquía dada al lucro y al placer, que no tenía ni el derecho de gobernar sola, ni la inteligencia necesaria para conservar este gobierno.

Las mismas palabras suelen designar cosas muy diferentes. La república de los romanos no tiene nada que ver con lo que nosotros designamos con ese mismo nombre. Por república entienden los modernos una sociedad en que el ciudadano tiene la mayor suma de libertad y el gobierno el menor poder posible. En Roma, el ciudadano era siervo del Estado, y la palabra más enérgica de la lengua latina, *imperium*, designaba la extensión del poder ejecutivo. Ni aun en sus comicios, votaba la asamblea soberana, sino sobre las proposiciones de los magistrados que la presidían; y todavía estos presidentes podían detener los sufragios en medio del escrutinio.

La idea de la libertad política era tan extraña al espíritu de los romanos que jamás tuvieron su imagen figurada (1). Entre las innumerables estatuas que nos dejaron, en vano

(1) A lo menos, yo la he buscado inútilmente. Ciertamente Clodio, el hombre de todas las violencias, hizo de la estatua de una cortesana la diosa de la Libertad, *ut esset indicium oppressi senatus ad memoriam sempiternam turpitudinis* (V. Cic. *pro Domo*, 43); que César le prometió un templo y que se ve su imagen en medallas de Claudio, de Nerón y de Cómodo y su nombre en inscripciones de Tiberio y Constantino. A fines de la primera guerra púnica se erigió un templo en el Aventino, *Jovi Libertati*. Cuando Graco emancipó a los ocho mil esclavos que se habían batido por Roma contra Aníbal, hizo pintar la escena en este templo (Tito Livio XXIV, 16; XXXIV, 44). En el *Atrium Libertatis* que se elevaba donde estuvo más tarde la Basílica Ulpiana (?) se emancipaban los esclavos (Sid. Apoll. *Epig.* 2); sacábanse por suerte las tribus urbanas en que los libertos habían de votar (Ibid. XLV, 15), y allí se interrogó a los esclavos que declararon en la causa de Milón (*Pro Mil.* 22). En fin, ese santuario de la Libertad servía de prisión: los rehenes tarentinos fueron encerrados allí (Tito Livio XXV, 7). Asinio Polión puso a su biblioteca un nombre merecido, *Atrium Libertatis*, el lugar en que el espíritu se emancipa por la sabiduría de los antiguos, y Augusto reedificó el templo de *Jupiter Libertas*, que había librado a la república de sus males. Después de la derrota de los pompeyanos en Munda, que inauguraba la monarquía, el senado consagró también un templo a la Libertad. Un día, sin embargo, tuvo esta diosa una estatua en Roma. A la muerte de Seyano, decretaron los senadores que se erigiera en el Foro *Ελευθερίας ἀγάλμα* (Dion, LVIII, 12).

Esta enumeración hace comprender que por la palabra *Libertas* entendían los romanos otra cosa distinta de lo que entendemos nosotros: era la remisión de una condición social inferior, del capricho de un amo y de la arbitrariedad, á que un príncipe absoluto podía renunciar sin mengua de su autoridad y poder; era para los ciudadanos la esperanza de vivir en paz al amparo de la ley, cualquiera que fuese la autoridad de quien la hiciera, y no la expresión de un conjunto de instituciones que les asegurara la libertad política y la participación en el gobierno. *Quid est libertas?* escribe Cicerón (*Parad.* V, 1). *Potestas vivendi ut velis*. En cuanto a la palabra *republica*, significa el Estado y no un régimen de libertad y de igualdad: así se usaba en el imperio

se buscaría una que la representara. De todo hicieron ellos un dios, menos de lo que hubiera sido entre nosotros la más popular de las divinidades, si tuviéramos diosas todavía. El debate entre el senado y César no versaba sobre esta cuestión; tratábase simplemente de decidir si sesenta millones de hombres habían de tener un solo señor ó trescientos. Bruto mató a César, porque quería ser uno de estos trescientos, y salvar la oligarquía era lo que él llamaba la virtud.

Un detenido estudio de las trasformaciones de la sociedad romana ha disminuído la autoridad de la leyenda, sin



La Clemencia (2)

destruirla, empero; de suerte que César tiene todavía enemigos. A los ojos de la historia, si fué el mayor de los ambiciosos, fué también el más hábil instrumento de una necesidad histórica. Fundó la unidad del mando con que se hicieron solidarios los intereses del jefe del Estado y los de las poblaciones sustraídas a la rapaz explotación de cien familias. Creó pues una monarquía de un carácter nuevo entre los antiguos, que en vez de ser, como las monarquías orientales, un reinado ocioso y negligente, dado sólo a los goce del placer a costa de los súbditos, fué en su princi-

como la divisa ó lema S. P. Q. R., *Senatus populusque Romanus*. La cabeza de la Libertad grabada en una moneda de L. Palicano, recordaba una libertad particular, el derecho de hablar al pueblo, devuelto a los tribunos por la ley Pompeya; y la de la moneda de Servilio Isáurico es un recuerdo de los numerosos cautivos puestos en libertad por el vencedor de los piratas.

(2) Estatua del Vaticano (*Braccio Nuovo*, n.º 74).